



FERIA DE CAMPILLOS
2010

PREGÓN

¡Buenas noches!

Prestadme oídos, paisanos; prestad oídos os pide este campillero viejo, hijo de Alonso y de Isabel, que viene, agradecido, a decir su palabra; a pregonar la Feria de Agosto.

Esta palabra que, con vuestra venia, os voy a decir, brota de la tierra de mi corazón, como de la tierra de mi corazón brota sincera la gratitud hacia quienes se han acordado de mí para tan honrosa y noble tarea.

Antes de que me flaqueen las rodillas y la voz se me pare en la garganta, voy a poner valor en el pecho y a tratar de hablaros, como decían los latinos, "voce paeconia", con voz de pregonero.

Mirad: cuando fui consciente de que acababa de asentir a la amable invitación de Jesús, nuestro Alcalde, cuando me di cuenta de que ya no había marcha atrás, me dije: ¡Ay de mí! ¿Qué voy a decir? ¿De qué voy a hablar? Y cerré los ojos. Entonces, como del rayo, se me vinieron a agolpar en la mente

imágenes, ratos, días, noches de mi pueblo, recuerdos que creía dormidos en las profundidades de mis adentros.

Me vi delante de la Ola, con Carmelo, Antonio y Diego, mirando sus vaivenes, mirando porque otra cosa, esa mañana, otra cosa no se podía.

La ola, Poley; las "volaoras", el trenecillo del tío con la escoba que nunca logré coger; la noria, y aquellos enormes columpios que me parecieron una obra de arte; su altavoz, de madera, repetía una y otra vez el Bayón de Ana, "el bayón, el bayón, el bayón". Nunca volvieron; jamás los olvidé.

Cuando ya la noche se disponía a lanzar las sombras sobre nosotros, se encendía el alumbrado, que nos daba luces. Aparecían gigantes, cabezudos y las acartonadas figuras del un rey y una reina muy serios, muy serios. Sonaba la alegre música y los cohetes tronaban. ¡Era la Feria! La Feria había comenzado.

Al entrar al Parque Nuevo, a la izquierda, montaba su tenderete un retratista que andaba de pueblo en pueblo con un caballito blanco como reclamo. Mientras, Benítez deambulaba con su cámara en el pecho y su negro bigote, mirando a ver si alguien se animaba a hacerse una foto.

Cerca, el estruendo de una tómbola ruidosa, las escopetillas de plomo con el punto de mira sospechosamente desviado. Al fondo, las bombillas multicolores de los cacharros de feria.

A la derecha, casi al final, el camión de los helados de Valencia. Aunque, para helados, los que voceaban, bajo el sol abrasador de la siesta, los Luna, con sus venerables carrillos, verdaderas piezas de museo.

A la Feria volvían, vuelven, están aquí, año tras año, muchos de aquellos tantos y tantos que tuvieron que dejar su pueblo para quitarse el hambre en tierras lejanas y, además, extrañas. Porque, amigos míos, amigos los más jóvenes, hubo un tiempo, no muy lejano, en que en Campillos había hambre. Y había que buscarse la vida donde fuese.

Lágrimas de tristeza lloraban la marcha, - quién sabía si para siempre, - de un amigo, de familiares, de tus vecinos de toda la vida. Un barco a veces; el

tren con asientos de dura madera, una furgoneta vieja...se iban llevando afuera a medio pueblo nuestro. Campillos sangraba por todas sus calles. En la mía, en la calle Campanos, nos quedamos solos Carmelo y yo.

Me quedé también sin mis abuelos, Antonia y Fernando; fueron a dormir el sueño eterno lejos, muy lejos, al lado de un palmeral, donde nunca hubieran imaginado.

El maldito destierro, que te arranca de los tuyos; el exilio al que te arrastra la cruel necesidad. Pero nadie puede arrebatarte a nadie el recuerdo de su pueblo. Aunque uno se vaya de aquí a donde sea, aunque muchos ya no estén aquí, nadie se va nunca de Campillos, nadie se va de este pueblo: lo lleva siempre en el corazón.

Esas lucecitas que centellean allá arriba; esas estrellas fulgentes, son, - eso quiero creer; eso creo, - los campilleros que traspasaron ya la meta final de todas las cosas, pero que siguen ahí, vestidos de luces, viviendo, a su manera, entre nosotros.

En las mañanas de aquellas mis ferias primeras contemplaba con asombro infantil el mercado de ganado: yeguas, caballos, asnos,... se vendían o permutaban. D. Pascual Madoz, en el lejano 1849, escribe que en Campillos, (888 casas y un presupuesto municipal de 24.000 reales entonces), la feria "se celebra en los días 13, 14 y 15 de agosto de cada año" y "llegará a ser tal vez de las de más consideración en Andalucía".

Se vendía y se permutaba. Un apretón de manos sellaba el trato acordado. Un apretón de manos. Sin más. Campillos es un pueblo noble; aquí la palabra siempre ha sido Ley.

Campillos es un pueblo noble y solidario. Recordad los que, como yo, nos deslizamos hacia la edad que llaman lenta; recordad, los veteranos de la vida, cómo el campillero acude siempre que se le precisa. Acordaos del "Todos a Una", del "mochuelo".

Al campillero se le llama y responde; se le pide y da; abre su puerta a quien coge el llamador y llama. Campillos es un pueblo hospitalario. Me emociona

ver cómo acogéis, también ahora, sin preguntar ni quién, ni de dónde, ni por qué, a quienes llegan a este pueblo nuestro desnudos de todo, abrigados sólo por el fino hilo de la esperanza de hallar aquí un trabajo, algo que echarse a la boca, gente que les abrace. Son seres humanos, no eso que se ha dado en decir “sin papeles”.

Campillos es un pueblo generoso, un pueblo que ofrece a todos su propia sangre. El viejo Convento de la calle Lavados es hoy Universidad para esos niños que nunca dejan de sonreír. ¿Y dónde se hace más que aquí por aquéllos sobre quienes ha venido a poner sus garras esa terrible enfermedad, de cuyo nombre no quiero acordarme? ¿Cómo ha podido levantarse esa casa para ellos cerca de la Casita de Papel?

Campillos es tierra de almas grandes. Como el Cura Campos, que lo dejó todo y se fue a socorrer al necesitado. Como José Lozano, nuestro fraile, que ha entregado su vida a los enfermos siguiendo los caminos de san Juan de Dios. Como vosotros, que ahí estáis siempre, al lado del que necesita.

¿Además, quién es extraño en Campillos? Nosotros sí hemos sido, nosotros somos aún, extraños en otros pagos. De esto podéis hablar muchos de vosotros, los que habéis venido a vuestra casa para estos días y los que habéis retornado a ella para siempre mucho tiempo después. Dime, José Peral, hijo de Sebastián, dime, Manolo Galeote, hijo de Pepe Galeote; dime tú, Juan Manuel Morgado García. ¿Es o no es así? Hasta nos quiere dejar sin “lengua” algún renegado de sus antepasados.

A mediodía el veraz vino y la nutricia cerveza desvelaban nuestros más secretos sentimientos.

Luego después, a su casa de uno; a echarse un rato y, en un verbo, al fútbol, al “Estadio San Fernando”. Loren; Tintán, Padilla, Agustín; Tiri, Pardo; León, Ramón, Ruiz, Pepe Herrera y Pepe Carbonero. Arbitra el Colegiado Sr. Llamas.

Don José Burgos compraba, en el estanco de Asunción, en la Puerta de Teba, botas de lona y suela de esparto que luego repartía entre los jugadores.

Pocas, ninguna resistía un partido entero. La suela se desgastaba o se rajaba la lona.

Botas de lona y esparto; corazón, fortaleza, arte: Gonzalo, Jerónimo, Herrerita, Isidro, Pepe Torres, José Romero, Ramírez, Pepe Campano... Campillos, cantera de buenos futbolistas, ante sólo de varones y ahora, "Deo gratias", también de mujeres.

Campillos tenía una cantera junto a la Ermita de san Benito, nuestro patrón, al que hemos hecho patrón de Europa. San Benito, patrón de Campillos, que hizo campeones del mundo a los españoles el día de su día, el 11 de junio, en Sudáfrica. Hasta Nelson Mandela acudió a saludarlo. ¡Cuántos "Mandelas" hacen falta en este mundo que ahora malvive de nuevo en la edad de hierro! Escribía el poeta Ovidio que en la edad del duro hierro "huyeron la honradez, la verdad y la buena fe, y en su lugar vinieron los engaños, las maquinaciones, las asechanzas, la violencia y la criminal pasión de poseer". Nada nuevo bajo el sol, dice el predicador, el Eclesiastés.

Cuando la vagante luna asomaba su hermoso rostro y la luz de las luces se encendía, el parque era un bosque animado de gente que iba de de arriba abajo y de abajo arriba. Era la Feria por la noche.

Los ojos de la cándida luna miraban contentos cómo en La Lobilla, en el bar de Salvador Morillo, en La Esperanza, en "la casa" de Benito y Rosario, por todas partes la Alegría instalaba su reino en medio del sabroso vino y de la charla con una copa del néctar divino en las manos. La charla. ¿Qué es el hombre sin la palabra? La charla sana; la palabra cura, y el vino, dice la Biblia, "alegra el corazón del hombre".

Trapecistas, payasos, funambulistas, enormes leones amarillos animaban a esas horas las pistas del Circo Arriola, del "Circo Alemán Berlín Circus"...

El "Grupo" se vestía de baile. Allí estaban La Orquesta Torcal y Paquito Berrocal. Un día aparecieron por aquí unos jóvenes de pelo largo y pulcra vestimenta; eran "Los Soñadores". "Twist and shout", "Love me do"... ¡Qué noche la de aquel día, a hard days night, amigos míos!

Aquí nos nacieron "Los Grecos". Andrés era Percy Sledge ("Cuando un hombre se enamora"), Otis Reding ("Sentado en el muelle de la bahía"), Tom Jones ("Dalila")... Los Grecos eran Procol Harum ("Con su blanca palidez"); Pekenikes ("Cerca de las estrellas"); eran The Mody Blues ("Noches de Blanco Satén").

Antes, la Orquesta "Ondas" y aquélla otra que tocaba en las bodas, la de Pepito Márquez y los Cubilla.

La música corre por las venas de este pueblo. Rafael Reyes vio cumplido su sueño: "Los Amigos de la Música". Hoy, Juan Francisco Lago y Antonio Ortiz, hacen grande el nombre de Campillos acariciando por todo el mundo las teclas de sus pianos.

El nombre de Campillos, que irá unido siempre al Colegio y a Don José. A D. José le digo desde aquí, "toto pectore", gracias; aunque él no se lo crea. Gracias a D. Juan Cantano, - que me enseñó a leer y a escribir-; a todos mis maestros y profesores, que me descubrieron la hermosura de la verdad.

Campillos es tierra de poetas y escritores, del flamenco, de pintores. La primera mujer gitana médica en España fue Gracia Jiménez,, la niña morena de la calle Real arriba. Raquel Caballero, es una autoridad en el campo de la Física. Y así...

Campillos es un pueblo de gente esforzada, brava; sabe muy bien que la vida nunca da nada a los hombres sin gran esfuerzo; gente que cuida al olivo, de lento crecimiento; que vela por el trigo, que da la harina, que luego será pan; un pueblo que se abre a nuevos caminos.

Siento un cariño especial por esta juventud de ahora, abierta, leal, decidida, que aúna tradición y modernidad; juventud que por fin puede acceder, y sin angustias, a la Universidad. Sabéis muy bien, los que me conocéis de antaño, el gozo que esto supone para mí.

No concibo mi vida sin Campillos, sin sus calles y sus parques, sin la plaza - donde mucho se habla -, sin los fríos del invierno, el calor del verano, las

puestas de sol tras el Calvario, las noches calurosas con la gente compartiendo la palabra en la puerta de sus casas.

No la entendería sin vosotros, mis amigos de siempre; sin León, Diego, Juan, Alfonso Gómez; sin ti, Isidro, sin el Cristo de la Vera Cruz, la Mañana de Jesús y la Noche del Entierro; sin el “Vaya usted con Dios”, el “ven acá pacá”, “el conque”...; sin el viento solano, el que viene a llevarse sin piedad las últimas horas de la Feria.

Doy gracias a la vida por haber nacido aquí; por haberme criado aquí, con vosotros, a la sombra de esa torre; en este pueblo, asediado ahora por unos gigantes que a Don Quijote le parecerían disfrazados de molinos de viento.

Gracias a mi pueblo, que me recuerda; gracias a Campillos de este José Palacios, casado con Ana Enriqueta, padre de Alfonso y Pilar, abuelo de un nieto llamado César; de este campillero que os quiere, que nunca podrá pagaros cuanto os debe.

Es la Feria, amigos, y, aunque atravesamos valles de tiempos duros, seamos valientes; salgámosle al paso a la adversidad con pechos valientes.

Es la Fiesta; vivámosla con amor; sin amor y sin fiestas no puede haber alegría. Y la vida sin alegría no puede llamarse vida. Vivamos el momento; no dejemos los goces de hoy para el año que viene.

En tiempos de un individualismo tan atroz, levantémonos, unamos nuestras manos, los que estáis allí arriba, los que andáis por tierras lejanas, los que estamos aquí ahora, y clamemos todos a una: ¡Viva la Feria! ¡Viva Campillos!

Gracias.

José Palacios.

Feria 2010 www.campillos.net